

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Gustavo Eduardo Lugones

Vicerrector
Mario E. Lozano

Politicidad, comunicación
y territorios.
Miradas desde América
Latina



Bernal, 2009

- Quirós, F. (2001), "Globalización y pensamiento crítico", en Quirós, F. y F. Sierra (coords.), *Comunicación, globalización y democracia: crítica de la Economía política de la comunicación y la cultura*, Sevilla, Comunicación Social Ediciones.
- Reyes Velásquez, C. (2007), "Contrainformación como práctica de resistencia (a la hegemonía neoliberal)", ponencia para el 2º Congreso de Estudiantes de Postgrado en Comunicación. Temuco, Universidad de La Frontera.
- Sierra, F. (1997), *Comunicación e insurgencia*, Guipúzcoa, Hirú Editorial.
- (2002), *Comunicación, educación y desarrollo. Apuntes para una historia de la comunicación educativa*, Sevilla, Comunicación Social Ediciones y Publicaciones.
- (2006), *Políticas de comunicación y educación. Crítica y desarrollo de la sociedad del conocimiento*, Barcelona, Gedisa.
- Villasante, T. (1998), *Cuatro redes para mejor vivir 1. Del desarrollo local a las redes para mejor vivir*, Buenos Aires, Lumen/Hvmanitas.
- (2003), "Los nuevos movimientos sociales. Una reflexión metodológica y praxiológica", en Del Valle (comp.), *Comunicación, participación y desarrollo local*, Temuco, Universidad de La Frontera.
- Vinelli, N. y C. Rodríguez (2004), *Contrainformación. Medios alternativos para la acción política*, Buenos Aires, Ediciones Continente.
- Zibechi, R. (2006), *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes anti-estatales*, Buenos Aires, Tinta Limón.

MÁS ALLÁ DE LAS LECTURAS DIETÉTICAS: UNA MIRADA CRÍTICA SOBRE LOS PROCESOS DE PROTESTA, CONFLICTOS Y MOVILIZACIÓN SOCIAL EN LA ARGENTINA CONTEMPORÁNEA

Guido Galafassi*

La serie de hechos sucedidos en la Argentina de los últimos años, que se suman a la renovada serie de procesos de conflictos, resistencias y movilizaciones sociales en América Latina en las últimas décadas, han servido de acicate para que, desde muchos lugares y adoptándose lecturas venidas de los países centrales, se comience a pensarlos bajo las categorías de la "acción colectiva" y los "nuevos movimientos sociales", reemplazando de manera importante la visión más dialéctica que implicaba considerarlos como procesos de resistencia, cambio y movilización social, en donde la cuestión del conflicto entre clases sociales tenía una predominancia marcada. Esta nueva visión implica justamente considerar a los participantes de los fenómenos como sujetos cuasi autónomos e independientes; es decir, se habla de movimientos sociales en donde justamente lo que se destaca, a partir de esta categorización, es su unidad en tanto "portadores de identidad" o en tanto su capacidad para "movilizar recursos" y construir un eficaz seguimiento de los "emprendedores movimientistas", restándole importancia a las conexiones dialécticas y causales de una realidad compleja. Más que ante "el regreso del actor", estaríamos en realidad ante un "nada hay más allá del actor".

La Argentina en particular y América Latina en general han venido recuperando en estas últimas décadas su histórico papel de oferentes de recursos naturales (*commodities*-materias primas) para el mundo indus-

* Guido Galafassi es doctor en Antropología por la Universidad de Buenos Aires. Es profesor de la Universidad Nacional de Quilmes e investigador del CONICET. Entre sus libros se destacan *Sujetos, política y representaciones en el mundo rural agrario, 1930-1975* (2005), en colaboración con Silvia Lázzaro, y *Nuevas prácticas políticas insumisas en Argentina: aprendizaje para Latinoamérica* (2004), en colaboración con Paula Lenguita y Robinson Salazar Pérez.

trializado, apareciendo, en consonancia dialéctica y en algunos puntos, la también tradicional disputa en torno a la "liberación nacional" (y en parte también a la liberación social). Cada uno de estos fenómenos reaparecen obviamente resignificados de acuerdo con el tiempo y lugar en que nos toca vivir; pero tanto el proceso de "transformación bolivariana" de Venezuela como la rebelión y toma de poder en Bolivia por parte de las clases sociales más postergadas y explotadas, como el levantamiento del zapatismo chiapaneco, las revueltas en Oaxaca, o en la Argentina de 2001, así como el más antiguo proceso del MST en Brasil, guardan una serie de correlaciones históricas fuertes y evidentes, que solo pueden ser vistas prestando atención a la totalidad dialéctica de la realidad latinoamericana en tanto periferia subdesarrollada funcional al proceso histórico de globalización. La identificación de sujetos cuasi autónomos por parte de las teorías dominantes a partir de la categoría "movimiento social" —a secas—, en tanto sujetos sucesorios ante la "muerte de la clase obrera", no nos permite identificar la complejidad de los procesos interrelacionados y, por el contrario, solo crea una ilusión de individuos sociales —que por cierto nada de nuevo tienen en la teoría social— en donde lo importante es solo su identidad, su accionar específico o su aparición como resultado de la buena gestión de los recursos existentes.

La crisis en la que estuvo sumida la Argentina de frente a la imposición del modelo neoliberal con convertibilidad y que detonó en diciembre de 2001, muestra a las claras la complejidad dialéctica de los fenómenos sociales y de los procesos de dominación, resistencia, cambio y movilización social. Fue la disputa entre modelos político-económicos y la reacción de los sujetos más desfavorecidos en tanto clases postergadas y explotadas lo que caracterizó a la Argentina de los últimos años. Negar la dimensión económico-política de los conflictos para tratar de interpretarlos simplemente como la emergencia de inéditos movimientos portadores de nuevos sujetos y banderas en donde lo característico es su "nuevo repertorio de acciones", conlleva una mirada un tanto sesgada hacia solo ciertos aspectos de los fenómenos que, sin ser ubicados en su contexto, corren el peligro de definir solo una explicación parcial de lo que viene sucediendo, perdiendo de vista el núcleo del problema.

Fue precisamente la puesta en discusión de un modelo político-económico que comenzaba a entrar en crisis y que había dejado a millones de personas afuera (de un ingreso básico a algunos y de tasas de rentabilidad aceptables a otros), lo que desencadenó las rebeliones y revueltas desde diciembre de 2001 hasta bien entrado el año 2002. Ya desde algunos años anteriores, fundamentalmente a partir de diversas protestas en las

regiones directamente afectadas por la política de desmantelamiento de un inconcluso régimen de desarrollo capitalista regional, se comenzó a gestar una resistencia social y una lucha por los ingresos básicos, a la que se sumó una reflexión crítica que buscaba revalorizar las nociones comunitarias de democracia (entendiendo por esta no solo los aspectos formales de la elección de cargos), en concordancia con una democracia más participativa o inclusiva en sentido integral. En los meses posteriores a la rebelión popular de diciembre de 2001, el debate neoliberalismo-capitalismo-democracia estuvo fuertemente presente en todas las organizaciones políticas y sociales, tomando cuerpo también en los medios de comunicación (manejados, como en todo el mundo, por grandes corporaciones económico-financieras). Este incipiente proceso de discusión se hizo posible gracias a una compleja correlación dialéctica entre imposición de un modelo excluyente que descuidaba desde el punto de vista capitalista incluso al mercado interno y a la emergencia —en parte como reacción— de una serie numerosa y diversa de organizaciones populares y movimientos sociales, tanto en el ámbito urbano como rural. La crisis política de esta etapa democrática surgida en 1983 más la profunda crisis del modelo económico capitalista de corte aperturista, desindustrializador y neoliberal (véanse, por ejemplo: Aspiazu y Nochteff, 1994; Basualdo, 2000; Gigliani, 2002; Pucciarelli, 2002; Mallimaci, 2002; Mira, 2003) fue llevando a que en la década de 1990, diferentes grupos sociales que iban quedando excluidos de la sociedad comenzaran a organizarse para retomar un proceso de luchas y protestas (véase Gomez, 2002) que había quedado anulado con la fuerte represión (30 mil desaparecidos) de la dictadura militar iniciada en 1976 y la clara derrota de todo movimiento insurgente de la década de 1970, años en los cuales la revolución parecía, para muchos, estar al alcance de la mano. Pero estos movimientos de protesta tenían un carácter por cierto renovador, pero no por esto en las antípodas de aquellos de décadas anteriores, al ser las grandes masas de desocupados (trabajadores al fin) los que iniciaron y predominaron en todo este proceso. La renovada sociedad argentina que producía pobreza y desocupación en un extremo y alta concentración económica en el otro, gestaba nuevas organizaciones sociales con diferentes prácticas políticas de protesta. Es que la dinámica propia del proceso histórico imprime cambiantes formas lógicas en las luchas y conflictos, sin por esto significar una apertura de aguas insoluble. Así, hacia fines de la década de 1990, una infinidad de movimientos de (trabajadores) desocupados, más diversos movimientos agrarios (campesinos y trabajadores rurales), más organizaciones de obreros que recuperaron productivamente sus fábricas abandonadas por los

empresarios, conformaban un conjunto muy diverso de formas de lucha y resistencia en donde no solo el modelo económico era puesto en duda, sino también, y en correlación con lo anterior, el modelo político de la democracia representativa. El punto culminante llegó con la insurrección popular del 19 y 20 de diciembre de 2001, donde aparecen además las asambleas barriales conformadas mayoritariamente por sectores de clase media urbana que hasta el momento habían sido los principales defensores del modelo.

EL INDIVIDUALISMO METODOLÓGICO (UNA MIRADA DIETÉTICA SOBRE LOS CONFLICTOS SOCIALES)

Pero esta situación de crisis y conflicto político-económico vivida en la Argentina contrasta muy fuertemente con las preocupaciones que vienen estructurando las teorías dominantes sobre los movimientos sociales y las protestas, gestadas en los países del norte y adoptadas casi acríticamente por buena parte de las interpretaciones actuales en la academia local. Son mayoritariamente los recortados fenómenos puntuales los estudiados por el individualismo metodológico, dejando de lado casi cualquier intento por indagar sobre la más compleja totalidad. Los repertorios de acción, la gestión de recursos, la identidad, la racionalidad o no de las elecciones individuales, la capacidad emprendora-organizacional de los líderes, las motivaciones egoístas de los integrantes, las oportunidades políticas, los agravios sociales, etc., son los interrogantes fundamentales y casi exclusivos de estos marcos teóricos, quedando olvidados los contextos y entramados sociopolíticos, las relaciones de poder entre sujetos, sectores sociales y clases, los idearios de cambio social y las disputas sobre la desigualdad y la injusticia social inherentes a un sistema de dominación y explotación social.

Un recorrido histórico también marcó el devenir de estas interpretaciones teóricas de la academia dominante; ya que fueron evolucionando, en consonancia con la propia evolución de la teoría social en su conjunto, desde un funcionalismo más cerrado y mecánico –y políticamente más obtuso– hacia una relativa apertura en dirección a las dimensiones más organizacionales y del significado de la acción, permitiendo al mismo tiempo la posibilidad de una mirada más comprensiva –e inteligentemente menos cercana al “espanto”– en relación con los conflictos y los movimientos de protesta. Igualmente nunca dejó de estar presente una marcada tendencia a la naturalización de las sociedades de mercado, lo que

imposibilita siquiera la posibilidad de un cambio social más radical que conlleve a considerar las dimensiones sociopolíticas y socioestructurales de los conflictos y los procesos de movilización social.

Decíamos que la teoría dominante viene del “espanto”. Así, en el período de entreguerras, la ciencia estadounidense consideraba a la movilización social como portadora de un comportamiento político no institucionalizado, espontáneo e irracional, por lo cual era potencialmente peligrosa, al tener la capacidad de amenazar la estabilidad del modo de vida establecido. Según estas corrientes, los cambios estructurales generan situaciones de colapso o bien de los órganos de control social, o bien en la adecuación de la integración normativa. Las tensiones, descontento, frustraciones y agresividad resultantes llevan al individuo a participar en el comportamiento colectivo, caracterizado como comportamiento no institucional-colectivo (en contraposición al colectivo institucional, que es aquel “normal” dentro de una sociedad), que de la acción espontánea de masas avanza a la formación de opinión pública y movimientos sociales. Aparece también por aquellos años una variante basada en la noción (psico-sociológica) de la “privación relativa”, que denotaba un proceso por el cual una sensación de frustración provocaba una reacción hacia alguna forma de protesta. Los “sentimientos de privación relativa” (es decir, y para decirlo en términos no funcionalistas, sentimientos y conciencia de desigualdad entre los sectores, clases o subclases sociales), surgidos a partir de una situación social o económica desventajosa, conducían a la violencia política.

Estas interpretaciones van entrando en declive y ante la serie de revueltas, conflictos, manifestaciones y procesos de movilización social de la década de 1960 (pro derechos civiles, panteras negras, hippies, anti-vietnam, etc.), se comienza a debatir, en tanto única alternativa, la idea del comportamiento desviado e irracional y la idea de la aparición de movimientos sociales vistos exclusivamente como reacción a desajustes estructurales. Así empieza a aparecer una renovada caracterización de los movimientos sociales como actores “racionales” que definen objetivos concretos y estrategias racionalmente calculadas. Surge así el enfoque de la “elección racional” (*rational choice*) de raíz fuertemente individualista. De un funcionalismo cuasi mecánico se pasa a un funcional-interpretativismo que se conjuga de mejor manera con la “victoria de la sociedad libre de mercado”. Lo que explicaría la acción colectiva sería el interés individual por conseguir beneficios privados, motivando esto la participación política en grandes grupos. Mancur Olson (1965), el principal mentor de esta corriente, elaboró un modelo de interpretación en donde

los individuos contribuyen en acciones colectivas siempre que exista una racionalidad básica basada en el hecho que los "costos" de su acción tienen que ser siempre menores que los "beneficios", y es este cálculo de costos y beneficios lo que le da el carácter de racional al comportamiento. Aparece en este contexto el "problema del gorrón" (*free-rider*) por el cual cualquier sujeto que incluso coincida y vea racionalmente que sus intereses son los del colectivo, puede tranquilamente no participar, pues obtendría igualmente los beneficios gracias a la participación de los demás.

En este marco, surge la teoría de la "movilización de recursos" (*ressource mobilization*), que es, por mucho, aquella que ha cosechado la mayor parte de los adeptos y aquella que se mantiene vigente hasta la actualidad. La diversidad de matices es muy grande pero podemos mencionar a modo de ejemplo los siguientes autores como aquellos más afines a esta línea: McAdam (1982), McCarthy y Zald (1977), Tarrow (1997), Tilly (1978, 1990), Craig Jenkins (1994), etc. Aquí, ya la preocupación no gira alrededor exclusivamente del individuo egoísta sino alrededor de la "organización" y de cómo los individuos –que sin dejar de ser básicamente egoístas– se reúnen en organizaciones sociales y gestionan los recursos de que disponen (recursos humanos, de conocimiento, económicos, etc.) para alcanzar los objetivos propuestos. Al darse por sentada la existencia de cierta insatisfacción individual, lo importante pasa a ser cómo los movimientos sociales se dan en una organización capaz de movilizar y aunar esta insatisfacción individual –insatisfacción que, por cierto y para estas teorías, no va más allá de las aspiraciones de tipo consumista que son la idea-fuerza de las sociedades de mercado. El énfasis en la gestión y lo organizacional los lleva a definir un concepto clave que es la figura del "empresario movimientista", que es aquel sujeto individual o grupal que precisamente toma la iniciativa en la organización del movimiento. Es la sociología de las organizaciones dedicada al estudio de las organizaciones empresariales la nueva fuente de categorías y conceptos para el estudio de las protestas. Los movimientos sociales surgen entonces como resultado de la acción colectiva en un contexto que admite la existencia de conflictos, y estos, por sí solos, ya no son vistos como anormalidades del sistema, sino sencillamente como el resultado esperable en una situación de puja de intereses. Una sociedad moderna y capitalista está atravesada por apremios y problemas, que solos no desestabilizan al sistema. Sigue siendo fundamental el concepto de acción colectiva y ya no se establecen diferencias entre una acción colectiva institucional (normal) y otra no institucional (patológica). Esta acción colectiva involucra la búsqueda racional del propio interés por parte de grupos, es decir que estamos ante

una socialización del principio de "elección racional"; en lugar de relacionarlo solamente con una acción individual, no se abandona este supuesto sino que se lo somete a la acción de grupos.

El agravio es considerado un motor fundamental de la acción colectiva, entendiéndose por tal a toda manifestación del sistema que perjudique a individuos o grupos. Pero como los agravios y sus reacciones son resultados permanentes de las relaciones de competencia y de poder, y no pueden explicar, por tanto, la formación de movimientos, esta depende, más bien, de cambios en los recursos con que cuentan los grupos, la organización y las oportunidades para la acción colectiva. Es decir, que dado un agravio, se generará un movimiento social en tanto los individuos y los grupos cuenten con los recursos organizacionales necesarios para la formación. La movilización involucra entonces organizaciones formales de relativa gran escala y con propósitos definidos.

Una categoría clave que se suma a las anteriores es la de "nuevos movimientos sociales". La preocupación fundamental radica en diferenciar los movimientos sociales post 1968 de los anteriores, y es así que surgen estas teorías. Alain Touraine (1978, 1991), Claus Offe (1985, 1996) y Alberto Melucci (1984, 1994) son tres de sus representantes más conspicuos. Este énfasis en la figura de "nuevo movimiento" lo relacionan con transformaciones fundamentales de las sociedades industriales, definiendo a las revueltas de 1968 como los orígenes del cambio y a los movimientos pacifistas, ecologistas, feministas, etc., como los portadores del nuevo estandarte posclasista. Mientras los "viejos" movimientos sociales eran organizaciones institucionalizadas centradas casi exclusivamente en los movimientos de la clase obrera, los nuevos movimientos, por oposición, poseen organizaciones más laxas y permeables. Esto lo conectan estrechamente con la diferenciación entre un viejo y un nuevo paradigma político. Los contenidos del viejo paradigma se relacionan con el crecimiento económico y la distribución, la seguridad militar y social y el control social; y para el nuevo, con el mantenimiento de la paz, el entorno, los derechos humanos y las formas no alienadas de trabajo. Los valores se orientan hacia la libertad y la seguridad en el consumo privado y el progreso material dentro del viejo paradigma; y hacia la autonomía personal e identidad, en oposición al control centralizado, para el nuevo paradigma. Por último, en los modos de actuar, para el viejo paradigma se daba una organización interna formalizada con asociaciones representativas a gran escala y una intermediación pluralista en lo externo unida a un corporativismo de intereses basado en la regla de la mayoría junto a la competencia entre partidos políticos; en cambio, para el nuevo

paradigma, en lo interno se basa en la informalidad, la espontaneidad, el bajo grado de diferenciación horizontal y vertical, y en lo externo, en una política de protesta basada en exigencias formuladas en términos predominantemente negativos.

En buena parte de los estudios argentinos la preocupación fue y es caracterizar como "nuevos movimientos sociales" a los sujetos colectivos que participaron de los diferentes procesos de protesta. Vale aquí acotar que, por ejemplo, los desocupados se autocalificaron rápidamente como "trabajadores desocupados", atando claramente su suerte a la de la clase obrera ocupada e identificándose como integrantes del mismo colectivo social; o las fábricas recuperadas se sostienen precisamente por trabajadores que nunca dejaron de identificarse como tal, o que buena parte de las asambleas barriales tejieron súbitos mecanismos de colaboración tanto con desocupados como con fábricas recuperadas; o que un conflicto importante fue el de los trabajadores de subterráneos que tuvo como consecuencia la conformación del Movimiento Intersindical Clasista, reivindicando el clasismo de la década de 1970 y tirando definitivamente por tierra cualquier interpretación posmoderna de las protestas. En todos estos casos, el bajo grado de diferenciación horizontal y vertical fue el eje estructurante de las organizaciones, al igual que los conflictos más clásicos de la clase obrera desde mediados del siglo XIX.

A estos autores también se los llama "teóricos de la identidad", pues esta categoría es clave en sus análisis. Así, mientras para la movilización de recursos lo fundamental para definir un movimiento social es la forma de la organización, para estos enfoques europeos la cuestión de la identidad que se construiría a partir del agregado de individuos en organizaciones sociales constituye el foco a dilucidar, la identidad es equivalente a la organización, en cuanto son los conceptos clave por los cuales se explica un movimiento social. El mismo implica, para esta corriente, un proceso de interacción entre individuos con el objetivo fundamental de encontrar un perfil identitario que les permita ubicarse en el juego de la diversidad social. A partir de asumir una identidad es que el movimiento social parecería que habría consumado su razón de ser. Esta corriente dice responder así al reduccionismo político de las interpretaciones clasistas dominantes hasta la década de 1970.

Llegados a este punto, es importante recordar que la serie diversa de manifestaciones, con predominancia estudiantil, sucedidas en Europa, Japón y México en 1968, muy lejos estaban del supuesto carácter restringido que implica un mero "interés individualista" o una simple "búsqueda de identidad". En el Mayo Francés, ícono emblemático de estas revueltas,

así como en muchas otras, el imaginario de un cambio radical guiaba las protestas, más allá que estas hubieran surgido por problemáticas puntuales del régimen universitario alienante. Lo que predominaba era un profundo pero integral anticapitalismo (es decir que no solo se reducía a denunciar la opresión económica sino la alienación en todos los planos de la vida social) pero también una crítica profunda a la burocratización de las izquierdas, que en el poder (ya sea sindical, como de gobierno) habían negociado un pacto de coexistencia pacífica con el liberalismo. Esta crítica a las izquierdas esclerosadas es la que livianamente es tomada como un claro indicador de un paradigma postsocialista, cuando en realidad lo que justamente se debatía era la inoperancia de una izquierda que se había vuelto inocua y la necesidad de retomar las originarias reivindicaciones de liberación en todos los planos. El ecologismo, pacifismo y feminismo posterior, si bien es cierto que dejaron parcialmente de lado las visiones y reivindicaciones explícitamente clasistas, apuntaban sin embargo a contradicciones inherentes a las sociedades patriarcales y productivistas de mercado, así como a los regímenes también industrialistas pero de economía centralizada autodefinidos como socialistas. Por su parte, el movimiento contracultural y el hippismo, desde una mirada más basada en las "sensaciones" que en la reflexión racional (característica de la modernidad), cuestionaban hasta los pilares más profundos de la sociedad industrial, basada en el conocimiento científico, el materialismo productivista, la lógica de la competencia individual y la disputa por el poder centralizado. En síntesis, lo que se estaba poniendo en duda era la supuesta "libertad" de las sociedades capitalistas y la supuesta "igualdad" de las sociedades de Europa del este, autodefinidas como socialistas. La alienación en su sentido más profundo e integral y en sus diversas manifestaciones constituía el principal argumento de las denuncias y las protestas; y la superación de estas sociedades alienantes era el objetivo que motorizaba a los distintos procesos de movilización.

De ninguna de estas problemáticas podían dar cuenta las teorías dominantes que solo miraban los fenómenos organizacionales internos o las cuestiones ligadas a la identidad (aspectos todos ellos ligados a expresiones parciales y puntuales de los acontecimientos), por cuanto desconocían la interrelación dialéctica con la totalidad social. Ni el agravio, ni la privación relativa, ni el empresario movimientista, ni lo supuestamente nuevo, ni la preocupación por la identidad, alcanzan a explicar toda la complejidad de los procesos de protesta y movilización social de la década de 1960 en el Primer Mundo, por cuanto en todos los casos expresan limitadas miradas frente a procesos totales.

Mientras esto ocurría en los países del norte, en América Latina se vivían diferentes y muy variados procesos que provenían de largas luchas por la descolonización económica y política. El objetivo era la liberación –nacional y social– frente a lo que se identificaba como “imperialismo” (categoría pasada de moda en la jerga tanto científica como política contemporánea), por cuanto este representaba una aceitada maquinaria de dominación y explotación social orientada por parte de los capitales multinacionales, y en donde los Estados Unidos de Norteamérica tenían un papel clave en lo que ellos mismos consideraban su “patio trasero”. La Revolución Cubana signó definitivamente todos los procesos de movilización, protestas, revueltas y rebeliones desde los inicios mismos de la década de los sesenta. La lucha armada, las guerrillas, las movilizaciones de masa, la alianza entre campesinos, obreros y estudiantes constituían la clave de un proceso que se veía casi irreversible y que expresaba la lucha por la “liberación nacional y social de los pueblos latinoamericanos”. El marxismo, en sus diversas variantes y combinaciones, era el marco teórico dominante, quedando muy lejos la discusión sobre movimientos sociales (nuevos o viejos) planteada en los países centrales.

Pero es en la Argentina y América Latina neoliberal de estos últimos años, en donde las teorías de la acción colectiva, la movilización de recursos o los nuevos movimientos sociales hacen su principal desembarco, creciendo en unos pocos años este espacio académico llegando a generar una nueva especialización (como nueva forma de parcelamiento de la realidad) (Galafassi, 2006). A partir de esto, y renegando de los abordajes complejos, dialécticos y en muchos casos clasistas de las décadas de 1960 y 1970, las protestas y procesos de movilización social del presente son aislados para su estudio en tanto sujetos cuasi autónomos, caracterizándolo primordialmente como fenómenos organizacionales e identitarios. La emergencia de los movimientos de trabajadores desocupados primero y la explosión social y revuelta de diciembre del año 2001 fueron el acicate fundamental para el estudio de la “acción colectiva” y los “nuevos movimientos sociales”. Veamos entonces qué fueron estas protestas y conflictos y qué sujetos intervinieron en el proceso dialéctico de la redefinición del capitalismo neoliberal.

EL “QUE SE VAYAN TODOS”

La serie de conflictos, protestas y procesos de movilización social en la Argentina de la última década estuvieron signados por directrices históri-

cas devenidas de la desigual sociedad de capitalismo periférico, en donde la puja entre clases y fracciones de clase y el antagonismo económico-político son vectores estructurantes del proceso. Es por esto que las variables del individualismo metodológico son claramente insuficientes para analizar una serie de hechos y situaciones que bien poco tienen que ver con una mirada sesgadamente individualista y funcional de la realidad.

La consigna “que se vayan todos” utilizada en el levantamiento popular de diciembre del año 2001 sorprendió a todos tanto por su espontaneidad como por su súbita e inesperada aparición. Pero este “que se vayan todos” original estaba ingenuamente sustentado en la creencia de que era la “política” (por la acción de los políticos profesionales) la causante de todos los problemas de la Argentina. A pesar de esto, un espíritu fuertemente crítico al modelo de democracia representativa dominado por profesionales de la política estuvo efectivamente presente en el levantamiento popular. Esto es lo que permitió, en los meses posteriores, la organización de las asambleas populares (que funcionaron basadas en un intento de practicar una democracia directa) en Buenos Aires y otros centros urbanos, y una acción más mancomunada con los sujetos sociales que desarrollaban una lucha contra el sistema desde antes (pero con diversas estrategias y objetivos), como los movimientos de trabajadores desocupados, los trabajadores de empresas recuperadas y hasta con algunos movimientos de trabajadores y/o pequeños productores agrarios y campesinos. En este proceso de debate, reflexión y acción colectiva, la consigna “que se vayan todos” fue cualificándose y llenándose de un contenido más complejo, por lo cual pasó incipientemente a significar “que se vayan todos los mentores del modelo neoliberal, incluyendo al poder económico” (Galafassi, 2002). Por lo tanto, aquí se comenzó a ligar, aunque más no sea parcialmente desde una visión crítica, la vigencia de la democracia representativa profesional con la existencia de una economía capitalista.

Mientras hasta fines del año 2001, la mayor parte de la población se desinteresaba por las políticas de gobierno, a partir del cacerolazo del 19 y 20 de diciembre se comenzó a discutir en forma más intensa, por lo menos por algunos meses, el modelo de país deseado. Las ya mencionadas nuevas formas de organización social y política que se gestaron en los distintos barrios del área metropolitana de Buenos Aires y en algunas otras ciudades del país a partir de las “asambleas populares (o barriales)” tuvieron un protagonismo exiguo, pero intenso durante algunos meses. En estas asambleas populares se había comenzado a discutir principalmente los problemas locales referentes al trabajo, la salud y la infraestructura

urbana del barrio, pero se debatió también en forma importante la situación económica y política general del país. Fue un fenómeno relativamente heterogéneo que casi no pasó del período de formación, pues al transcurrir el año 2002 estas asambleas fueron perdiendo fuerza en distintas formas. En algunos casos, fueron "cooptadas" por los partidos de la izquierda más dogmática, lo que terminó por disolverlas y principalmente quitarle cualquier posibilidad de realizar algún ejercicio de democracia participativa, como parecía que había comenzado a darse. Un par de años después, solo se mantenían algunas de ellas, pero con un número abultadamente menor de participantes y fundamentalmente con aquellos ciudadanos con un mayor nivel de compromiso con la realidad social y política, quedándose el resto de la población en su habitual "exilio interno", cumpliendo con los cánones establecidos por el mercado y la democracia representativa. Como se dijo antes, estas asambleas estuvieron mayoritariamente conformadas por sectores de la "clase media urbana" quienes, paradójicamente, y luego que la efervescencia hubiera pasado, le dieron mayoritariamente su voto al candidato neoliberal a jefe de gobierno de la ciudad de Buenos Aires Mauricio Macri, quien arañó el poder en las elecciones realizadas durante el año 2003, y que finalmente lo alcanzó durante el año 2007.

El vacío político de varias décadas y la "limpieza" efectuada por la dictadura ayudan seguramente a explicar este fenómeno supuestamente contradictorio. Es más que evidente que el "Argentinazo" pregonado por varios partidos de izquierda se acercó más a una fábula que intentara revertir la derrota en tantos años de neoliberalismo que a la triste realidad de un país neoconservador "elegido libremente" en elecciones democrático-representativas. Fue buena parte de la clase media (trabajadores especializados, profesionales y pequeña burguesía) la que apoyó a este nuevo representante político del neoconservadurismo fuertemente ligado al ex presidente Carlos Menem. Importantes sectores de las clases medias, se involucraron impetuosamente en las campañas por la "seguridad" con movilizaciones masivas durante los años posteriores a 2001, exigiendo mano dura policial, tolerancia cero y endurecimiento de las penas, desconociendo absolutamente las causas económicas y sociales del problema junto al proceso de corrupción político-policial que nutre y sostiene a toda la problemática de la inseguridad.

Pero sin lugar a dudas, el broche de oro se vivió durante el año 2008. Los sectores más acomodados de estas clases medias urbanas se manifestaron masivamente a favor de los reclamos de la burguesía agraria a favor de no poner limitaciones a las reglas del mercado. Paradójicamente, la bandera de la democracia estuvo otra vez presente, pero esta vez en tanto

sinónimo de "libertad" para el juego abierto de la oferta y la demanda. Consignas típicas de los tradicionales principios antipopulares tuvieron un importante protagonismo: "Con Dios y con el campo", "Montoneros nunca más", etcétera.

Volviendo a la crisis de principios de este siglo, a medida que avanzaba el año 2002 entonces, la protesta de los sectores de la clase media se fue diluyendo en intensidad hasta casi desaparecer y reaparecer luego bajo banderas neoconservadoras. Por el contrario, las organizaciones más ligadas a las clases populares basadas fundamentalmente en los diversos movimientos de desocupados no solo continuaron su lucha, sino que incluso profundizaron sus reivindicaciones logrando, a principios de 2002 adhesiones y comprensión en el resto de la sociedad, proceso que se fue revirtiendo nuevamente hacia fines del mismo año y durante el año 2003 en consonancia con la dilución de la protesta y la "huida al mundo privado" de las clases medias. El proceso de reflujo de las clases medias a su posición de histórico apoyo al modelo se completa hacia el año 2003 con el creciente rechazo hacia toda forma de protesta popular y especialmente hacia los piquetes o cortes de ruta de los movimientos de desocupados, por considerarlos "molestos" al ritmo de vida cotidiano (en el *lockout* de la burguesía agraria de 2008, se vio el efecto contrario, por cuanto las clases medias urbanas apoyaron masivamente los cortes de ruta y la política de desabastecimiento llevadas adelante por los primeros y que duró más de 100 días). El consenso hacia la criminalización de la protesta en consonancia con la campaña por la seguridad forman parte del mismo fenómeno de fuerte quiebre y enfrentamiento entre clases de la sociedad argentina posdictadura.

Por su parte, los movimientos de trabajadores desocupados o "piqueteros" se fueron diversificando a lo largo de esos años, tanto en tipo de organización como en diferentes proyectos políticos. Hasta la asunción del presidente peronista Néstor Kirchner, todas las organizaciones de trabajadores desocupados compartían la idea de que no es suficiente con solo protestar y resistir a la crisis a través del corte de rutas, la toma de edificios públicos, el negociar con los funcionarios de turno o pedir a los hipermercados, o mantener comedores barriales y abrir centros de salud comunitarios, etc. La salida a la crisis social era vista en términos políticos (nunca en términos de superación de un "agravio" puntual y acotado" que solo provocaba un fenómeno de "privación relativa"), pero no hubo un solo proyecto político piquetero, sino varios, desde aquellos que segufan lógicas de construcción partidaria con mayor o menor acercamientos a los distintos partidos de izquierda y centroizquierda o agrupaciones sin-

dicales más o menos combativas, hasta aquellos otros que decían apuntar a fortalecer el movimiento social construyendo nuevos lazos de poder y de solidaridad en una especie de "sociedad paralela". Luego, la política seguida por el presidente Kirchner agudizó muchas de las contradicciones entre los diferentes movimientos de desocupados, conformándose claramente dos tendencias: aquellas que comenzaron a apoyar (hasta hoy) al gobierno (FTV, Barrios de Pie, Movimiento Evita) y aquellas otras (mayoritarias en número y en militantes) que mantuvieron una postura de oposición, aunque con numerosas diferencias en torno a los métodos de lucha y la forma de caracterizar la situación (Polo Obrero, Movimiento sin Trabajo, Corriente Clasista y Combativa, CCC, Movimientos de Trabajadores Desocupados Anfbal Verón, etcétera).

Los primeros anhelaban la conformación de un gobierno de unidad popular, de tinte populista y reformista, con los piqueteros al gobierno como parte de una coalición mayor (en cuyo imaginario incluyen a la Central de Trabajadores Argentinos, el Frente Nacional de Lucha contra la Pobreza, las pymes, los estudiantes de la Federación Universitaria Argentina, la Federación Agraria y las organizaciones de Derechos Humanos), que en alguna medida el gobierno de Kirchner satisfizo, por lo menos en lo discursivo.

En el polo opositor, se dieron primordialmente dos alternativas. Por un lado, una diversa (y cada vez más fragmentada) serie de agrupaciones de desocupados que mantienen su autonomía e independencia (Coordinadora Anfbal Verón y otras), pero que coinciden en términos generales en que la cuestión no pasa por llegar al poder, que según ellos está impregnado por los valores de un sistema que ya no tiene respuestas para la sociedad.¹ La propuesta es trabajar para cambiar radicalmente al sistema y dicen estar haciéndolo ya mismo y desde abajo. La propuesta de estos grupos era construir a partir de la experiencia concreta de transformación (en términos de contrapoder, poder popular, etc.) reconstruyendo lazos sociales y desarrollando relaciones sociales alternativas a las dominantes. Paradójicamente, cuando el fenómeno piquetero entró en declive por la propia baja en la tasa de desocupados y por la eliminación paulatina de los planes sociales que les daba el sustento económico a las organi-

¹ Se encuentran localizados, aunque no exclusivamente, en el sur del área metropolitana de Buenos Aires; son fuertes en Quilmes, Lanús, Almirante Brown, Florencio Varela, Berazategui, sur de la Capital Federal, y la provincia de Río Negro. La mayor parte de sus agrupaciones responden a la sigla MTD, es decir Movimiento de Trabajadores Desocupados.

zaciones, este sector se volcó hacia el desarrollo de una "organización política" dejando ya de identificarse como simplemente un movimiento social de desocupados. En la Argentina de los últimos años, este es el ejemplo más claro de las fuertes falencias que se evidencian desde el individualismo metodológico en el intento por delimitar y separar claramente a los movimientos sociales (espontáneos y laxos, supuestamente) de las organizaciones políticas (más estructuras y sistematizadas). Es importante también mencionar que ni la Coordinadora Anfbal Verón ni ninguna otra organización de desocupados se caracterizó por la espontaneidad o por la laxitud organizacional. Todo lo contrario, la planificación basada en un proyecto definido en términos políticos muy claros fue el norte de todos los movimientos. Y a la supuesta horizontalidad formal de la organización se le oponía una férrea jerarquía de poder informal nunca explicitada.

El otro polo opositor incluía a las organizaciones piqueteras ligadas a los partidos de izquierda, es decir marxistas, que creían principalmente que la Argentina, luego de los sucesos del 19 y 20 de diciembre, había entrado en un proceso revolucionario y por lo tanto intentaron ganar la calle para sumar el mayor número posible de militantes en pos de su estrategia política.² La lucha contra la opresión y la exclusión era concebida como claramente insuficiente si se planteaba solo como una recuperación de los derechos ciudadanos, por lo cual bregaban por un horizonte de transformación radical de las relaciones capitalistas de producción. Así, el principal objetivo fue sumar una rama de trabajadores desocupados a su fuerza política integrada principalmente por sectores obreros, estudiantiles y en parte intelectuales. Al igual que el resto, fueron perdiendo fuerza a medida que ciertas variables económicas mejoraban relativamente con el gobierno de Kirchner, aportando por un lado nuevos militantes y dirigentes a estos partidos marxistas, o separándose en fracciones autónomas que posterior-

² Integran o integraron el Bloque Nacional Piquetero, el Movimiento Territorial de Liberación (del Partido Comunista), la Federación de Trabajadores Combativos (que nuclea a varios partidos trotskistas como Movimiento al Socialismo, Partido de la Revolución Socialista y Frente Obrero Socialista), la Coordinadora de la Unidad Barrial (vinculada al Partido Revolucionario de la Liberación), la Coordinadora de Trabajadores Desocupados (que responde a la organización política Quebracho), el Polo Obrero (del Partido Obrero, de tendencia también trotskista), Movimiento Teresa Rodríguez 12 de abril, Frente de Trabajadores Combativos-Movimiento 29 de Mayo (FTC-ML29), Movimiento Teresa Rodríguez La Dignidad (MTR La Dignidad), Unión de Trabajadores en Lucha (UTL), Movimiento Brazo Libertario (MBL), Trabajadores Ocupados y Desocupados Unidos (TODU).

mente también iniciaron un camino de confluencia hacia el desarrollo de organizaciones políticas, tirando otra vez por tierra la pretensión teórica de la incompatibilidad y diferenciación entre unas y otras.

Lo que también fue ganando cada vez más importancia fue el proceso de recuperación, a partir de la gestión obrera, de las empresas en quiebra o abandonadas por sus propietarios. Otro claro ejemplo que demuestra que el paradigma posmoderno de la caducidad de los supuestos “viejos movimientos sociales” (clase obrera) está más cerca de la falacia que de la realidad. A pesar de las diferencias puntuales, la historia reciente de cada una de estas empresas que terminaron bajo control de los trabajadores transita por caminos similares: “retraso salarial, abandono patronal de la empresa, pasividad de la burocracia sindical, ocupación de la firma como última opción para conservar los puestos de trabajo” (Gaggero, 2002). Se calculó en alrededor de 200 las fábricas bajo control de los trabajadores en todo el país, marchando también hacia la constitución de un movimiento articulado de lucha y reivindicación sobre bases relativamente alternativas al capitalismo y a la democracia representativa, por lo menos en una parte de ellas. Es importante destacar que el proceso que dio origen a la recuperación de fábricas por parte de sus trabajadores se ha venido desarrollando como un tránsito desde situaciones de fuerte resignación frente a procesos de creciente precarización de la relación salarial, hacia la emergencia de procesos autogestivos de recuperación y mantenimiento de los puestos de trabajo por parte de los propios trabajadores en todas ellas y de puesta en práctica de una organización alternativa a la del trabajo de base capitalista con un importante basamento teórico ideológico de tinte socialista, en algunos de los casos. La confrontación abierta entre los trabajadores y la patronal fue un componente importante en la mayoría de los casos por cuanto el proceso principalmente se originó a partir de una reacción defensiva de los primeros ante la posibilidad de pérdida del trabajo en un contexto signado por altos niveles de desocupación.

Una situación de fuerte degradación general de las empresas fue el punto de partida, en relación tanto con el contexto de crisis económica que dificultaba la continuidad y viabilidad de muchas de las pequeñas y medianas empresas, así como la presencia de procesos de vaciamiento o *lockout* patronal, a través de los cuales los empresarios buscaban maximizar los beneficios del capital diversificándolo en inversiones financieras. El conjunto de las empresas recuperadas fue asociándose y nucleándose de acuerdo con criterios diferentes, aunque en un primer momento existieron encuentros de casi todo el espectro que ayudó a la constitución del movimiento social. Se editaba un periódico y se realizaban asambleas

donde se debatían fundamentalmente dos opciones para la gestión de las fábricas. Por un lado, estaban los que planteaban continuar la gestión obrera con la formación de cooperativas bajo una organización relativamente horizontal e igualitaria (a diferencia de la mayoría de las cooperativas históricamente existentes en el país); y, por otro lado, aquellos, en minoría, que proponían la estatización bajo control obrero. Mientras la primera opción solía tener una mayor aceptación entre funcionarios nacionales y municipales, la segunda fue fundamentalmente apoyada por los partidos de izquierda y los sindicatos combativos. De esta última, los casos más paradigmáticos fueron la empresa textil Brukman de la ciudad de Buenos Aires (en la cual la justicia dictaminó durante el año 2003 la expulsión de todos los trabajadores y la devolución del predio a la patronal, para luego terminar haciéndose cargo de la misma el sector moderado en asociación con el Estado, lo que redundó en el abandono total de la idea de la estatización bajo control obrero y de sus principios ideológico-político iniciales); y fundamentalmente la fábrica de cerámicas Zanon ubicada en la ciudad de Neuquén (Patagonia) donde el proceso continúa y la relación con el sindicato regional (en abierta oposición al nacional que no apoya el proceso) y los movimientos de desocupados y asamblearios de la zona –conformando la cooperativa del Alto Valle– fue una de las claves de la permanencia de la gestión obrera. Muchas de las primeras no lograron su continuidad en el tiempo y otras que sí lo hicieron se concentraron en la supervivencia dejando a un lado toda reivindicación política que fuera más allá de la propia subsistencia en términos de fuente de trabajo. Cualquiera sea el caso, es más que evidente que los ejes que atravesaron este proceso de un sector de la clase obrera ocupada, lejos están de simples demandas inspiradas solo en la identidad o la gestión de los recursos disponibles, sino más bien en la reedición de situaciones tan viejas como la propia clase obrera, en el sentido de la toma de los puestos de trabajo y la conformación de cooperativas de trabajadores.

En los espacios rurales, la protesta y la organización de diversos movimientos agrarios (por fuera de las típicas asociaciones empresarias del campo) también adquirieron cierta importancia durante los últimos años, aunque no haya estado tan presente en los medios, por lo que parecería que en parte no hubiera existido. El mundo agrario argentino es sumamente heterogéneo, donde la combinación “terrateniente ganadero-agricultor familiar capitalizado (tipo *farmer*)” domina buena parte de las regiones del país (sectores estos que conformaron el frente único de las protestas de abril, mayo y junio del año 2008. No obstante, existen zonas de campesinos y otras de comunidades de campesinos indígenas, ya sea

en el norte como en el sur del país. Tanto los agricultores familiares como los distintos tipos de productores campesinos han formado parte de los movimientos de protesta, junto con otros sujetos como trabajadores rurales, contratistas sin tierra, etc. Los problemas económicos derivados de la producción en un contexto de crisis más la cuestión de la tenencia de la tierra o de la propia supervivencia como población rural fueron los ejes predominantes de las acciones colectivas, en franco contraste con un proceso de concentración económica que alcanzó ribetes de máxima expresión en el mundo rural durante esta etapa neoliberal. Fueron las consecuencias de un definido modelo económico-político lo que desencadenó la serie de conflictos que llegaron a enfrentamientos cruciales en ciertos casos por cuanto se oponían modelos de organización de la sociedad bien diferentes, en donde la "vieja" contradicción propiedad privada-propiedad comunal estuvo fuertemente presente y en donde el enfrentamiento de los excluidos y explotados contra el capital concentrado también marcó claramente los procesos de los conflictos. Por un lado, asistimos a una lucha entre los diversos estratos de la burguesía agraria (esos que, paradójicamente en el año 2008, están conformando un único frente muy unido en la disputa por la renta y las retenciones) a partir de un movimiento de los productores familiares capitalizados que conformaron el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha (MML). Este movimiento surgió por la acción espontánea de un sector de chacareros (*farmers*) de una región vecina a la rica región pampeana, que al no poder soportar más un fuerte proceso de incremento de sus deudas bancarias, que ponía en peligro la tenencia misma de sus propiedades (tierra y maquinarias), comenzó a gestarse una acción para impedir los remates judiciales que luego fue organizándose a nivel nacional y conformando un renovado esfuerzo por terciar en la puja histórica contra los grandes productores del campo. Por otro lado, toda una serie de organizaciones campesinas y campesino-indígenas que se ven afectadas directamente por la política de expulsión del capital. El MOCASE (Movimiento Campesino de Santiago del Estero), por ejemplo, nuclea a pobladores y campesinos del noreste argentino con una tenencia más que precaria de la tierra y un nivel de subsistencia caracterizado por altos niveles de pobreza. Su forma de organización, sus planteamientos y reivindicaciones reúnen la lucha por la tierra, con demandas ecologistas, adoptando una forma de alineación que los acerca relativamente a los movimientos autonomistas, manteniendo estrechos contactos con algunos de estos grupos urbanos, como fue el caso del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano (Provincia de Buenos Aires) en su momento, o el actual Frente Popular Darío Santillán. Otro ejemplo está dado por el

Movimiento Campesino de Formosa (MOCAFOR) y la Unión de Campesinos Poriájhu del Chaco, que continúan de alguna manera la lucha iniciada en la década de 1970 por ciertos sectores de las Ligas Agrarias del Nordeste, al mantenerse muchas de las problemáticas como la cuestión de la tierra y la imposibilidad de sobrevivencia de los campesinos ante el embate de los monopolios comercializadores y los grandes productores.

La Red Puna del noroeste argentino, la Asociación de Criadores de Cabras del Neuquén, el Consejo Asesor Indígena de Río Negro o la Organización de Comunidades Mapuche-Tehuelche de Chubut son algunos ejemplos de la organización de los grupos de campesinos más pobres en donde la presencia de indígenas es importante. El objetivo de estos movimientos es fundamentalmente pelear para lograr un mínimo nivel de subsistencia, estando también presente el reclamo de identidad y tierras en aquellos casos en donde el componente indígena es más fuerte y en donde la confrontación entre la cultura occidental y la cultura de los pueblos originarios se hace poderosamente evidente. Así, se puede ver que la problemática en las áreas rurales es altamente compleja existiendo una importante diversidad de situaciones, demandas, sujetos y formas de organización que se entrecruzan de distintas maneras, pero que son, en todos los casos, reacciones frente al contexto de crisis y fuerte desigualdad creado por esta etapa neoliberal del capitalismo.

DE LA PROTESTA COMO ACTO FENOMÉNICO AL PROCESO DIALÉCTICO DE LA MOVILIZACIÓN Y LOS CONFLICTOS SOCIALES

A partir de lo expuesto, puede ya visualizarse claramente las limitaciones que poseen las categorías fenoménicas del individualismo metodológico a la hora de intentar explicar el proceso contemporáneo de protesta y movilización social. A la incapacidad de entender los procesos de conflictos sociales enrolados en evidentes entramados socio-políticos en donde, además del problema puntual, siempre aparece una disputa en torno a intereses de clase y modelos de sociedad basados en la contradicción estructural existente entre diferentes sujetos colectivos, tenemos que sumar la negación, por parte de este marco teórico, por admitir la posibilidad de existencia de algún proyecto de cambio social (más o menos radicalizado) en virtud de los fundamentos que naturalizan el principio individualista y mercantil de la sociedad, desconociendo así sus determinaciones espaciales y sociohistóricas.

El problema, entonces, radica en la ausencia de una visión dialéctica

y compleja de la dinámica sociohistórica de la sociedad moderna, la cual nace justamente de una serie prolongada de conflictos y de revoluciones sociales y políticas, y que sigue llevando en su seno las contradicciones básicas que desde su origen la acompañan y que se manifiestan diferencialmente a lo largo del tiempo y el espacio.

La visión dialéctica de la realidad implica entonces abordar la misma, tanto en conocimiento como en práctica, de una manera compleja e integradora de forma de poder rescatar cada uno de los instantes y facetas del conjunto de los fenómenos en estado de cambio y progreso. El concepto de praxis intenta sintetizar este proceso problemático de conocer y actuar, al mismo tiempo que se contrapone con las tendencias dominantes que en la modernidad terminan construyendo el modelo de la racionalidad instrumental, que solo atiende a los medios sin preguntarse por los fines, por cuanto a estos se los considera ya "naturalmente" dados. Se hace necesario avanzar en un proceso de entendimiento profundo de la totalidad más allá de las ilusiones creadas por los múltiples parcelamientos generados en la dinámica de la modernización.

Es posible entonces superar el parcelamiento fenoménico posmoderno a partir de la toma de partido por una concepción profunda de la totalidad diferenciando entre "representación" y "concepto de las cosas" (Kosik, 1967). Esta distinción es una cualidad característica del pensamiento dialéctico, representando a su vez dos cualidades de la praxis humana. Así, el hombre es concebido como un ser social que actúa objetiva y prácticamente, y ante el cual se presenta la realidad como el campo en donde ejerce su actividad práctico-sensible y a partir del cual surge la intuición práctica inmediata. El hombre, en tanto ser social, desarrolla sus actos en el marco de una totalidad concreta como un aspecto fundamental de la praxis humana. Para esto será necesario poder ir más allá del mundo fetichizado de la apariencia cotidiana (seudoconcreción) a partir de un pensamiento dialéctico. Esto marcará la diferencia primordial con los enfoques posmodernos dominantes, que terminan siendo incapaces de superar la apariencia fenoménica (privación relativa, identidad, gestión de recursos, agravio, etc.). Es importante dejar en claro que la totalidad concreta no es el conjunto de todos los hechos, los cuales nunca podrían ser alcanzados por el conocimiento, sino que es un todo estructurado y dialéctico al cual está conectado cualquier hecho, lo que implica que todo puede ser comprendido racionalmente en relación con la totalidad de la cual forma parte.

Los procesos de protesta y movilización social expresan precisamente uno de los puntos de intersección de las contradicciones dinámicas de

la sociedad moderna a partir de la constitución de conflictos palpables que se hacen evidentes en determinado lugar y tiempo haciéndose visibles por sobre las contradicciones latentes de carácter estructural.

Una mirada desde la totalidad concreta nos lleva entonces a plantear el problema del cambio social, aspecto al cual el individualismo metodológico le asigna una escasa o nula importancia. Analizar más allá de la apariencia implica reconocer las contradicciones latentes que habilitan y determinan la existencia de un deseo en individuos y grupos sociales por cambiar o transformar la sociedad, que vaya más allá de reacciones puntuales a agravios puntuales (ya sean de desajuste social o identidad). Por esto es fundamental poder combinar la totalidad de motivaciones que llevan a los individuos a congregarse en movimientos sociales; de esta manera, las reacciones a agravios puntuales podrán tener una relativa presencia en algunos casos pero es claramente insuficiente para explicar las reiteradas formas de movilización social con perspectivas diversas, y muchas de ellas con algún grado de estrategia antisistémica. La ambición de cambio en las clases y grupos sociales puede rastrear a lo largo de toda la historia pero constituye, sin lugar a dudas, un pilar fundamental de los principios modernos sobre los cuales se rigen todas las sociedades contemporáneas alcanzadas por el desarrollo urbano-industrial-capitalista.

La presencia de los agravios y de los grupos y condiciones que permiten la organización de los recursos generan contextos favorables para la movilización social (cuando la explicación se agota en estos hechos, es cuando lo fenoménico, la seudoconcreción, no puede ser superada), pero sin la presencia de una premisa de cambio social que remite necesariamente a la totalidad (es decir, de la necesidad de sustituir determinadas condiciones de existencia de desigualdad y explotación por otras más igualitarias, o también viceversa), difícilmente se hubieran generado tanto los movimientos de obreros de principios de siglo XX en la Argentina, como los actuales movimientos campesinos en toda América Latina, o los movimientos de trabajadores desocupados que lentamente fueron confluyendo con el movimiento de trabajadores ocupados, o las asambleas populares o el trayecto que vienen recorriendo los diversos movimientos ambientalistas o en defensa de los recursos que, partiendo de posiciones netamente puntuales (agravios), van confluyendo en una crítica general al sistema del saqueo capitalista. Las importantes movilizaciones de la clase media urbana que acompañaron el *lockout* agrario, también representaron una reacción frente a un cambio social, reivindicando la etapa de la historia reciente (década de 1990) en la cual el Estado era considerado el culpable de todos los males.

Otro aspecto que remite al fetichismo de la apariencia es el accionar de los movimientos sociales dentro de un vastísimo espectro de acciones colectivas. La sola necesidad de tener que identificar una acción como colectiva parte de la premisa de asumir que el hombre es un ser individualista, razón por la cual hay que diferenciar una acción que supuestamente es algo más que un acto individual, reduciendo de esta manera toda explicación a la lógica competitiva del mercado. A su vez, desdibuja la potencialidad de cambio social, por cuanto acción colectiva de ninguna manera es sinónimo de conflicto o transformación, sino sencillamente de agregación de sujetos. Melucci va incluso más allá (acusando de "reduccionistas políticos" a cualquier intento no coincidente con sus postulados), restándole precisamente importancia a las relaciones de poder y a los proyectos de sociedad enfrentados (ya sea parcial o globalmente) que soportan desde su base a todo proceso de movilización social. A esto hay que agregarle una fuerte tendencia por identificar movimiento social con solo satisfacción de expectativas, en tanto relaciones del sujeto con su mundo externo a través de la búsqueda de una identidad que el actor lograría encontrar gracias a la interacción y la negociación colectiva. Pero como además acción colectiva remite a cualquier acto en el cual intervengan dos o más individuos, se convierte en una categoría totalmente laxa posible de aplicar a casi cualquier contexto donde participen más de un individuo, restándole así eficacia a la hora de comprender al proceso de movilización social en su complejidad dialéctica.

También cabe destacar la pregunta principal que subyace a todas estas líneas teóricas dominantes, referida al porqué y cómo aparecen los movimientos sociales. La respuesta, en buena parte, gira siempre alrededor de las "cuestiones organizacionales", "el entorno de oportunidades" o la "construcción de identidad". Pero lo importante a resaltar aquí no es tanto qué tipo de respuestas se dan, sino la preocupación que presupone el tipo de pregunta. El interesarse tanto en el "porqué" y el "cómo" implica, de alguna manera, partir de un escenario en donde la calma y las relaciones armónicas entre los sujetos (sin protestas ni movilización) es la regla. Así, y repetidamente, el proceso de cambio y transformación social significaría un hecho relativamente novedoso que ameritaría estudiar su origen. Así, todo movimiento social implicaría algún grado de tensión y conflicto que rompe con el equilibrio en la sociedad y que por lo tanto es necesario explicar.

El movimiento social es una fuerza disruptiva, en cierta medida anormal (aunque no tanto como para considerarlo un caso anómico como se lo veía originalmente desde el *collective behaviour*); y es por esto que

es tan importante el descubrir el origen y las motivaciones que hacen que aparezca. Así las explicaciones van desde la irracionalidad de los sujetos (*Collective Behaviour*, Blumer), los efectos provocados por el desarrollo desigual de los subsistemas (Parsons, 1942), los procesos de privación relativa individual (*relative deprivation*), o de elección racional (Olson), o la disponibilidad de recursos organizativos y la existencia de oportunidades políticas (movilización de recursos). Los marcos teóricos europeos, en cambio, desde la lógica de la "acción subjetiva" consideran más normal las disputas y conflictos, pero siempre como un juego natural de intereses individuales en un contexto social que esencialmente es estable, aunque lo que sí varían son las individualidades y las relaciones interindividuales (estabilidad por lo menos en términos de no someterse a grandes cambios, no a cambios sistémicos). Si partiéramos del supuesto de que el proceso histórico se construye a partir de los conflictos, antagonismos y relaciones contradictorias entre los sujetos, clases o subclases —es decir, de procesos de movilización y cambio social—, y tuviéramos al mismo tiempo una mirada dialéctica, la pregunta del porqué surgen los movimientos sociales no sería tan importante, porque la historia misma es la historia dialéctica de la movilización y de los conflictos sociales. En cambio, lo que sí importaría son los sujetos específicos, el tipo de demandas y proyectos, y las direcciones y caminos del cambio social que intentan imprimir los movimientos sociales, y la capacidad, las estrategias, el grado y la voluntad de estos para efectivamente transformar las reglas de juego dominantes.

La cuestión ideológico-política mencionada antes es una dificultad esencial presente en el planteo de estas teorías. A pesar de que el accionar básico de cualquier movimiento social se construye siempre a partir de demandas político-sociales que tienen que ver con alguna clase de cambio, es decir, que la esfera ideológico-política es central a la constitución del movimiento, no constituye, sin embargo, un eje fundamental del análisis en el grupo de teorías clásicas. Por ejemplo, Offe, que sitúa incluso a los movimientos sociales contemporáneos dentro de un nuevo paradigma político, afirma explícitamente la desaparición de la esfera ideológica al caracterizar que "es también típica la falta de un armazón coherente de principios ideológicos y de interpretaciones del mundo de la que poder derivar la imagen de una estructura deseable de la sociedad y deducir los pasos a dar para su transformación". Que algunos de los movimientos sociales contemporáneos no tengan un armazón ideológico estructural al estilo de los grandes planteamientos políticos del siglo xx (y esto solo para el caso europeo, pues los movimientos latinoamericanos basan su

accionar en un fuerte sostén político-ideológico, como se intentó demostrar para el caso específico de la Argentina contemporánea) no quiere decir que no tengan una teoría acerca del mundo. Vale tomar los ejemplos de movimientos que Offe menciona para darse cuenta fácilmente de la debilidad de este planteo. Los ecologistas, por ejemplo, hace ya largas décadas que vienen construyendo una teoría política-ideológica (incluso científica) alternativa que sustente su estrategia de cambio social; lo mismo para el movimiento feminista, así como para los movimientos por los derechos humanos y los pacifistas. Negar a todos ellos el poseer una teoría o principios ideológicos o interpretaciones del mundo constituye un freno para la comprensión profunda de los procesos contemporáneos de movilización social.

Por todo esto, es primordial entonces establecer ciertas premisas que nos permitan definir una estrategia alternativa en pos de una comprensión más profunda de los procesos de movilización social. Y hablamos de procesos de movilización y no solo de movimientos sociales. Es necesario, antes que nada, recordar que la historia de la modernidad es la historia de la movilización social; la modernidad nace o se expresa materialmente a partir de procesos de movilización social: la revolución inglesa y la francesa dan forma a los inicios de la modernidad y luego esta se va expandiendo al resto del mundo a través de distintos procesos de movilización social volviendo a darse también en muchos casos procesos revolucionarios. Por lo tanto, el estudio de los procesos de movilización social es en parte el estudio de la modernidad, y viceversa. Así, los movimientos sociales son parte inherente de la modernidad, son producto y productores de la modernidad, y son la expresión de las cambiantes condiciones, estructuras y procesos de la modernidad. La industrialización, urbanización, acumulación capitalista y desarrollo poscapitalista son el entramado dialéctico con el cual los movimientos sociales interaccionan, conformándose y conformándose. El nacimiento y posterior desarrollo de las ciencias sociales va de la mano también con el análisis de la movilización social. Tanto los padres fundadores de la sociología como sus continuadores (así como en la economía y en la ciencia política) tuvieron en el estudio de la movilización el eje de su problemática. Lamentablemente, las nuevas tendencias de las ciencias sociales parecerían mostrar que están olvidando su propia historia.

La mirada entonces sobre los movimientos sociales deberá ser necesariamente otra para poder comprenderlos en el conjunto de la totalidad dialéctica de la realidad, por lo cual la categoría movilización social podrá asumir toda su relevancia pues alude a un proceso complejo de relaciones-

contradicciones y no solo a sujetos más o menos aislados, como mayoritariamente se da a entender con el uso de la categoría "movimientos sociales" sin más. Así, los movimientos sociales serán algunos de los sujetos, probablemente los principales, que participan de los procesos de movilización social.

Ahora, los movimientos sociales en el proceso dialéctico de desarrollo capitalista de las últimas décadas siguen sosteniéndose sobre los postulados básicos que definieron las protestas y los conflictos y las movilizaciones en el pasado (proceso más claramente visible en América Latina), en el sentido de que se los debe definir clara y contundentemente como movimientos modernos con reclamos modernos (por tierra, trabajo, salarios, precios, democracia, etc.), minimizando así las interpretaciones que, desde posiciones postestructuralistas dominantes, pretenden ver, en términos absolutos, "nuevos" movimientos sociales que rompen así la continuidad con los históricos reclamos de los sectores dominados (o también de los dominadores). Diferentes y diversos no implica "nuevos" como categoría absoluta, en contraposición con los "viejos". Son "nuevos", como categoría relativa, en tanto la modernidad produce por su propia dinámica manifestaciones renovadas de sus específicas contradicciones.

Es importante entonces priorizar, tal como lo hacen los propios movimientos sociales, la disputa, el conflicto, la lucha entre clases o fracciones de clase y la confrontación entre modelos de sociedad, en tanto movimientos en mayor o menor medida antagonistas al sistema, para justamente a partir de aquí poder comprender el grado y tipo de antagonismo. De esta forma, se propone una mirada que ubica a los movimientos sociales como formas diversas de organización de conjuntos sociales con patrones de identidad propia (clases, fracciones de clase o incluso alianzas de clase), inmersos en relaciones sociales de antagonismo sociopolítico y cultural que por su misma configuración apuntan hacia algún tipo de lucha anti-*status quo* —o de regreso al un *status quo* que se cree perdido (ya sea con reivindicaciones claramente liberales pro-mercado —como el actual proceso de protesta de la burguesía agraria—; ya sea hacia posiciones antiimperialistas o anticapitalistas —como buena parte de los movimientos de trabajadores desocupados, fábricas recuperadas o asambleas).

Por lo tanto, será indispensable tratar a los movimientos sociales como sujetos colectivos (con organización e identidad) que dentro de la dinámica dialéctica de los procesos de movilización social se hallan inscriptos en alguna variante de cambio social, de transformación de la sociedad aun si el cambio pueda tener un carácter liberal-conservador (y preguntarse entonces por la mayor o menor presencia de esta premisa de

cambio). Esto que implica que su posición de alternativista o antagonista del sistema es uno de los ejes principales a partir del cual interpretarlo y no solo un elemento más de la larga serie de características. Es que la identidad principal de un movimiento social es precisamente su posicionamiento crítico frente al modelo dominante, peticionando por algún tipo de cambio, sea este parcial o total.

Entonces, refiriéndonos específicamente a los movimientos sociales en el contexto de un proceso de movilización social, será importante considerar los siguientes factores que son vistos como ejes clave a la hora de estudiar cualquier sujeto colectivo en un proceso de conflicto, como resultado de la relación dialéctica entre las condiciones objetivas y subjetivas: 1) la posición estructural del movimiento social en el proceso global de movilización social, lo que implica partir de la noción de lucha de clases para visualizar así al sujeto en su relación con las condiciones objetivas.

2) La posición estratégica del movimiento social y los sujetos que lo conforman, lo que implica prestar atención a las condiciones subjetivas que definen un tipo, grado y nivel de acción (de protesta, movilización, organización, identidad, etcétera).

3) La configuración histórica del contexto regional y global que define el marco sociopolítico, cultural y económico con el cual cada movimiento social interactúa, es decir, el proceso socio-histórico de movilización social.

Así, al reciente ciclo de movilizaciones y conflictos (1996-2006) no puede dejar de interpretárselo como la expresión del antagonismo emergente a partir del intento de consolidación profunda de la variante neoliberal del capitalismo, modificando la estructura de clases y generando nuevas fracciones de clases que quedan excluidas y que luchan por un abanico de reivindicaciones que irán desde el acotado volver a integrarse hasta el objetivo de derrocar, sin éxito por cierto, al sistema neoliberal en un extremo moderado y hasta al propio sistema capitalista en el extremo más radicalizado. De esta manera, no puede dejar de verse a los desocupados que rápidamente pasaron a identificarse como trabajadores desocupados, asumiéndose de esta manera como parte de la clase obrera, los propios obreros de las fábricas recuperadas en peligro de pasar a ser desocupados, los campesinos como una variante emergente del proceso de contradicción social en el campo, los trabajadores ocupados que luego del año 2001 comenzaron un profundo proceso de luchas por la recuperación de las condiciones de trabajo perdidas (volviendo incluso, aunque en pequeña proporción, a gestarse una corriente clasista) y las asambleas populares como expresión de las pequeñas

burguesías urbanas que en parte se solidarizaron rápidamente con los trabajadores desocupados.

Así, será fundamental tomar como base las siguientes consideraciones que definirán el marco de construcción de las categorías de análisis: que el proceso de movilización social se construye históricamente (es decir, sincrónicamente y no asincrónicamente, como suelen analizar la realidad el individualismo metodológico).

Que los procesos de movilización social mantienen una relación dialéctica con el proceso histórico de transformaciones en la relación capital-trabajo y capital-condiciones de producción.

Que los procesos de movilización social se inscriben en algún contexto y proceso de cambio social (cualquiera sea el signo de este cambio).

Que es fundamental ver las relaciones de los movimientos y organizaciones sociopolíticas tanto con el resto de los sujetos, clases y fracciones de clase como con el Estado.

Es por esto que lo que viene ocurriendo en la Argentina de los últimos años, difícilmente pueda entenderse sin tener en cuenta el ascenso de un ciclo conflictivo y cuasi revolucionario en la década de 1970 que fue eficaz y salvajamente reprimido por la dictadura, consolidándose luego con la democracia inaugurada en 1983 el modelo aperturista y la implantación definitiva del capitalismo neoliberal. Las clases y fracciones de clases de los años setenta menguaron su presencia y expresión con la represión por un lado, pero con la transformación del modelo de desarrollo por otro. Destruída lo que quedaba de industria nacional y emergiendo altísimas tasas de desocupación, es más que dable esperar que los sujetos que comenzarán de nuevo participando de protestas y conflictos serán otros. Además, el contexto internacional de estos años nos encuentra con la crisis del llamado "socialismo real" y el avance casi absoluto del quietismo posmoderno en el mundo de las ideas, el pensamiento y las universidades. Todo esto configura un panorama diferente, en donde la oposición al capitalismo sufre un grave revés y aparecen nuevas grietas y renovados sujetos al amparo de la profundización de contradicciones, como consecuencia del avance del capital sobre la mayor parte de los aspectos de la vida.

Considerando las contradicciones que motorizan el proceso sociohistórico, se estará más cerca de poder abarcar la complejidad que implica un proceso de movilización social. Las luchas por la igualdad y la solidaridad, si bien en algunos casos pueden implicar ajustes del sistema, representan fundamentalmente procesos de movilización por un cambio social (sea este más o menos importante, más o menos radical), que seguirán

apareciendo mientras las contradicciones (y los mecanismos de dominación y explotación social) no se resuelvan –como contrapartida también, se pueden observar procesos contrarios de resistencia a los cambios, como es el caso de la historia reciente de Bolivia y Venezuela.

Se hace necesario, entonces, rescatar el rico historial de las ciencias sociales críticas en el estudio de los procesos de movilización social, para así comprender en profundidad las protestas y conflictos “nuevos”, en lugar de considerar perimida toda interpretación pasada sobre cambio y movilización social. Claro está que esto implica asumir, nada menos, que la sociedad capitalista actual no necesariamente representa el fin de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

- Azpiazu, D. y H. Notcheff (1994), *El desarrollo ausente. Restricciones al desarrollo, neoconservadurismo y elite económica en la Argentina*, Buenos Aires, Tesis/Norma.
- Basualdo, E. (2000), *Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década de los noventa*, Buenos Aires, FLACSO-UNQ-IDEP.
- Craig Jenkins, J. (1994), “La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales”, *Zona Abierta*, N° 69, pp. 5-47.
- Gaggero, A. (2002), “Algunos por la autonomía, otros por la estatización”, *Página 12*, 8 de septiembre.
- Galafassi, G. (2002), “Argentina on fire: people’s rebellion facing the deep crisis of the neoliberal market economy”, *Democracy & Nature*, vol. 8, N° 2.
- (2005), *Naturaleza, sociedad y alienación. Ciencia y proceso social en la modernidad*, Montevideo, Nordan Comunidad.
- Gigliani, G. (2002), “La explosión de la deuda externa”, *Cuadernos del Sur*, N° 33, Buenos Aires.
- Gomez, M. (2002), “Crisis del capitalismo, formas de conciencia y resurgir de la acción colectiva”, *Theomai*, número especial, Buenos Aires (versión electrónica: <<http://www.unq.edu.ar/revista-theomai/numespecial2002>>).
- Kosik, K. (1967), *Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo.
- Mallimaci, F. (2002), “Crisis terminal, pobreza y sentidos en la Argentina contemporánea”, *Theomai*, número especial, Buenos Aires. (versión electrónica: <<http://www.unq.edu.ar/revista-theomai/numespecial2002>>).
- McAdam, D. (1982), *Political Process and the Development of Black Insurgency*, Chicago, University of Chicago Press.
- McCarty, J. y M. Zald (1977), “Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory”, *American Journal of Sociology*, vol. 82, N° 6, mayo, pp. 1.217-1.218.
- Melucci, A. (1984), “An end to Social Movements?”, *Social Science Information*, vol. 23, N° 4/5, Londres, SAGE.
- (1994), “Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales”, *Zona Abierta*, N° 69, pp. 153-180.
- Mira, P. (2003), “Los hechos de la convertibilidad: mitos y realidades”, *Encuentro de Economistas de Izquierda*, <http://www.geocities.com/economistas_de_izquierda>.
- Offe, C. (1985), “New social movements: challenging the boundaries of institutional politics”, *Social Research*, vol. 52, N° 4.
- (1996), *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Ed. Sistema.
- Olson, M. (1965), *The Logic of Collective Action*, Cambridge, Harvard University Press.
- Parsons, T. (1942), *Sociological Aspects of Collective Behaviour*.
- Pucciarelli, A. (2002), *La democracia que tenemos. Declinación económica, decadencia social y degradación política en la Argentina actual*, Buenos Aires, Libros del Rojas, UBA.
- Tarrow, S. (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, Alianza Universidad.
- Tilly, C. (1978), *From Mobilisation to Revolution*, Nueva York, McGraw-Hill.
- (1990), “Modelos y realidades de la acción colectiva popular”, *Zona Abierta* N° 54-55, Madrid.
- Touraine, A. (1978), “An Introduction to the Study of Social Movements”, *Social Research*, vol. 52, N° 4.
- (1991), *Los movimientos sociales*, México, Almagesto.